

252.7

# SERMON

predicado en el santuario

## DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES,

QUE ESTA JUNTO AL VOLCAN

*estinguído por los años de treinta, del siglo próximo pasado, en el día 31 de julio, aniversario trigésimo quinto del que reventó, y también se estinguió por la intercesion de Nuestra Señora de los Dolores, en el año de 1824.*

POR EL

**DOCTOR DON J. N. M.**

ARCIPRESTE DE LA ISLA DE LANZAROTE, Y CURA PROPIO DE SU PUERTO DE ARRECIFE.

A. M. D. G.

ET

H. B. M. V.

Con licencia del Diocesano.

*Alejo de Ara.*

MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO, GRAVINA, 21,

á cargo de F. Gamayo.

1860.

# SERMON

DE NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES  
 QUE ESTA JUNTO AL VOLCAN DE LA VIGIL  
 DOCTOR DON J. N. M.

H. B. M. V.

Con licencia del Obispo

*Handwritten signature or text*

MADRID:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO, CALLE DE...

de cargo de F. Campaño.

1860.

## PREAMBULO.

No es un impulso de vanidad lo que me hace dar á la prensa esta produccion mia; es, sí, la gloria de Dios y la honra de su Santa Madre, que tan elocuentemente proclama su asunto. Sensible me era que sucesos tan notables no fuesen conocidos fuera del pequeño círculo de la isla de Lanzarote, en que pasaron; y mas todavia, que su memoria se perdiese ó adulterase con el tiempo: y por eso, sin atender á si la composicion está ó no conforme á las reglas de la oratoria sagrada, y sin reparar en su ningun mérito literario, lo publico, á ver si hay algunos mas que se paren á admirar las bondades del Señor y misericordias de María.

Sobre la misma materia tengo otro sermón, predicado el año de 55; pero prefiero este del año próximo pasado, porque en aquel me limitaba al último volcan, objeto particular de la funcion, y en el presente me ocupo tambien del que motivó la creacion de la ermita en que el sermón fue predicado.

Véase ahora la sencilla relacion de los dos sucesos. El antiguo está consignado en estos términos, en el archivo de la parroquia de Tinajo, en cuya jurisdiccion se encuentra la ermita:— «En las erupciones volcánicas que se sucedieron en esta isla en el siglo próximo pasado, por los años de 30, y que se repitieron por siete años continuos, habiendo cautivado tantas poblaciones con sus campos y amenidades, no dejando á la vista sino horribles espectáculos y desiertos espantosos, viniendo un brazo de su lava á tomarse este pueblo, sus habitantes, llenos

de un bien fundado temor, escarmentados en la desgracia de sus vecinos, y confiados en la grande misericordia del Señor, y en la proteccion de la Santísima Vírgen, ordenaron una procesion de penitencia, y, llevando en ella una imágen de la Madre de Dios, con el título de Dolores, salieron al encuentro á este poderosísimo enemigo, que, con rapidez y osadia, se acercaba á sus confines: habiéndole encontrado, y en el acto, hécholes un religioso que los acompañaba un breve exhorto, prometieron á Dios, si los libraba de aquella desgracia, que ya miraban como inevitable, erigir en aquel mismo punto un templo en honor de Nuestra Señora de los Dolores, fijando por término de la lava una Cruz, lo mas inmediato que el calor se lo permitió. El volcan respetó aquel adorable simulacro, parando su carrera, dejándoles en paz, y perdonando todas sus inmediaciones. Los vecinos cumplieron su promesa, y desde entonces este templo ha sido el de mas devocion y concurrencia de toda la isla.» — Esta noticia fue estendida en los primeros años del presente siglo por el venerable párroco D. Francisco Cabrera.

El mas moderno, esto es, el de 31 de julio del año de 1824, pasó así:— «En las inmediaciones de Tao (pago que corresponde á la villa de Teguisse, y que dista de Tinajo como una legua), en una pequeña llanura plantada de maiz, despues de un ruido subterráneo y estremecimiento de la tierra, se abrieron tres bocas ó cráteres de un volcan, que, entre llamas y espeso humo, arrojó, primero, gran cantidad de piedras y arenas, y en seguida tres brazos de ardiente lava, que, reuniéndose, formaron un rio de fuego que amenazaba devastar aquel caserío, el inmediato de Tiagua, y luego el pueblo de Tinajo, atendido su curso é inclinacion del terreno. En tal conflicto, el venerable párroco, digno de memoria por sus virtudes, don José Cabrera Carreño, con su piadoso pueblo, que no olvidaba el antiguo prodigio, confiando en la intercesion de su Vírgen de los Dolores, la llevaron procesionalmente á aquel punto, y ¡oh portento! apenas se presenta la Imágen, cesa de avanzar la lava; pero sin que por eso conclu-

ya la erupcion: el volcan continua vomitando oleadas que corren sobre la primera, sin traspasar el límite que marcara el Señor, aplacado por los ruegos de María: así se detiene, cual si un dique se hubiera interpuesto á su corriente. Escuchose al fin un rugido espantoso, y el volcan acaba, arrojando una porcion de agua, que estingue completamente el fuego devorador. Pero ¡ah! la naturaleza, que habia sido como violentada en sus leyes, no podia por mas tiempo contener en su seno las materias inflamadas que estaba dispuesta á vomitar, y si por allí no le era permitido, habia de buscar otra salida. En efecto: á los pocos dias, junto á la orilla del mar, revienta el volcan, y su lava penetra en el Océano, sin causar otro daño que la muerte de multitud de peces, que luego se encontraron en aquella playa.»

Desde entonces, en todos los aniversarios se celebra una solemne funcion de gracias, á que acuden los fieles de todos los pueblos de la isla, llenos de religioso entusiasmo.

ya la erupción: el volcán continúa vomitando olas que  
 corren sobre la grama sin traspasar el límite que mar-  
 can el señor, aplacado por los ruegos de María: asió de  
 tiene, cual si un dique se hubiera interpuesto á su cor-  
 riencia. Escuchose al fin un ruido espantoso, y el vol-  
 can acaba, arrojando una porción de agua, que estingue  
 completamente el fuego devorador. Pero ¡ah! la natura-  
 leza, que había sido como violentada en sus leyes, no po-  
 dia por mas tiempo contener en su seno las materias in-  
 flamadas que estaba dispuesta á vomitar; y si por allí no  
 se era permitido, había de buscar otra salida. Efecto:  
 á los pocos dias, junto á la orilla del mar, revienta el vol-  
 can, y su lava penetra en el Océano, sin causar otro daño  
 que la muerte de multitud de peces, que luego se encon-  
 traron en aquella playa. Desde entonces, en todos los aniversarios se celebra  
 una solemnísima función de gracias, en que acuden los fieles  
 de todos los pueblos de la isla, llenos de religión y entu-  
 siasmo. La república está en el presente gobernada por el  
 párroco D. Francisco Cabrera.

El mas moderno, está en el año de 1824, que correspondió á la villa (pago  
 que corresponde á la villa de como una legua), en un punto  
 de la tierra, se abrieron tres bocas ó cráteres de un vol-  
 can, que se abrió entre un espeso bosque, y salió con una  
 gran cantidad de piedras y arenas, y en seguida tres bra-  
 zas de ardiente lava, que reuniéndose, formaron un río de  
 fuego que amenazaba devastar aquel caserío, el incendio  
 de Tiagua, y luego el pueblo de Tinajo, atendido el  
 curso é inclinación del terreno. En tal conflicto, el vene-  
 rable párroco, digno de memoria por sus virtudes, don  
 José Cabrera Carreño, con su piadoso pueblo, que no ol-  
 vidaba el antiguo precepto, poniendo en la intercesión de  
 su Virgen de los Dolores, la llevaron procesionalmente á  
 aquel punto, y ¡oh portentoso! apenas se presentó la Imá-  
 gen, cesó de avanzar la lava, pero sin que por eso conclu-

— 8 —  
†  
J. M. J.

*Confitebimur tibi Deus; confitebimur et invocabimus nomen tuum. Narrabimus mirabilia tua.*  
(PSALM. 74, v. 2.)

Alabarémoste ¡oh Dios! Te bendeciremos é invocaremos tu nombre. Publicaremos tus maravillas.

¡Santo Dios, criador de las cosas visibles é invisible! Con todo mi corazón te confesaré, y eternamente por mí serán cantadas tus maravillas. Mi alma se eleva á tu escelso trono, te adora, y confundida ante tanta majestad, poder y grandeza, abate otra vez su atrevido vuelo, mira en torno de sí, y te confiesa y alaba en tus obras: en tus obras, que proclaman tu grandeza, poder y majestad. ¡Oh, que júbilo! Paréceme escuchar un himno semejante que se alza desde los corazones de este numeroso concurso: os veo penetrados del espíritu del Real Profeta, y con él os oigo repetir: *Confitebimur tibi Deus; confitebimur et invocabimus nomen tuum*: te alabaremos, te bendeciremos, y tu nombre, ¡oh Dios! invocaremos: *narrabimus mirabilia tua*: contaremos tus maravillas. ¡Maravillosas obras del Señor! Yo os veo mil veces holladas por la planta del hombre, que alarga también su mano para arrancaros, si pudiera, el sello de la divinidad... Pasan muchos por ellas indiferentes la vista, y no las contemplan para reconocer allí el dedo de Dios: las pesan en la balanza de su infiel criterio, y con tanta necedad como jactancia las declaran como obras de la naturaleza..... de la casualidad. Os relegan, Señor, á vuestros celestiales alcázares: no quieren que penseis en la hechura de vuestras manos. ¡Como si fuese indigno de vos regir los destinos del universo! ¡Como si vuestra providen-

cia infinita no se estendiera hasta las hojas que en el otoño caen de los árboles, hasta el polvo y las aristas que el viento arrastra consigo! ¡O como si al establecer en un principio las leyes generales, hubiérais renunciado al derecho de suspenderlas ó alterarlas en casos dados.

Pero nosotros, Señor, te confesamos, y ahora y siempre bendeciremos tu santo nombre, Así es; así es: á eso nos reunimos presurosos en este dia memorable por los terribles efectos de vuestra justa ira, y memorable por haberse aplacado pronto y de un modo prodigioso por los ruegos de María. Nos aterra la memoria de los tremendos castigos, y tambien nos llena de gozo la idea de sus benéficos frutos: nos mueven á ensalzaros á Vos, y á ensalzar á María, que tanto bien nos alcanzara.

¿Y yo soy el elegido para intérprete de tan elevados sentimientos? ¿Yo el que debo mover los ánimos é infundir en ellos tan religiosos afectos? ¡Ay de mí! Yo no soy sino..... ¿Mas qué temo? ¿No vengo á proclamar la gloria de Dios y la gloria de María? Pues Dios me asiste, María me ayuda, y todo lo puedo con tan poderosos auxilios. Abranse, Señor, los tesoros de vuestra bondad: descienda desde vuestro trono un rayo de divina luz, que á mí me disponga dignamente para contar varias maravillas, y á este pueblo para escucharlas con fruto. Así lo hareis, porque es intercesora la Reina de los cielos y tierra; sí, Virgen purísima; ahora y siempre subirán por tí al cielo nuestras plegarias, y por tí nos bajarán las divinas mercedes. Acepta, pues, la salutacion que te dirigimos con el Angel.—*Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Bajo dos conceptos, señores, merece Dios ser ensalzado á la vista de la lava de ese volcan: yo descubro allí el castigo de un padre amoroso que de esa manera atrae á sus rebeldes hijos sin perderlos, y la bondad con que á costa de prodigios confirma nuestra fe y consuela á su Iglesia. ¡Sea por todo bendito el nombre del Señor!



¡Qué mísera es nuestra humana condicion! Vivimos en este mundo, de paso solo para la eternidad, á la vista siempre del Dios á quien debemos nuestro amor y servicio, y que algun dia nos ha de juzgar conforme á lo que de cada uno va escribiendo en los eternos libros. ¿Y qué sucede? Si gozamos tranquilos de la salud, los bienes y presentes prosperidades, olvidamos luego nuestro alto destino; nos rebelamos contra El; le arrojamos de nuestro corazon, y á su santa Ley sustituimos la ley de la carne, la ley del interes, la ley del mundo. ¡Vanidad de vanidades; todo vanidad! Y, si por el contrario, su mano poderosa nos aflige, nos humillamos, y á El volvemos arrepentidos. ¡Ah, sí! Comunmente con la risa del placer se confunde la sonrisa de la indiferencia; y con las lágrimas de la desgracia, las lágrimas de la Religion. ¡Oh amor grande, amor incomprensible de mi Dios! Yo te encuentro, yo te admiro en los favores de que á cada paso nos colmas; y tambien te encuentro, alabo y admiro en las justas iras que prevocan nuestras culpas.

Isla de Lanzarote: para tí ha destinado el cielo el mas terrible de sus azotes: los metales y piedras de las subterráneas cavernas, convertidas en ardiente líquido, han roto mil veces tu suelo para ruina y desolacion de tus habitantes. ¿Qué se han hecho tus mas floridas vegas y feraces campos? ¿Dónde, dónde están los importantes case- ríos de Tingafa, Santa Catalina y Peña de Palomas? Mancha Blanca y Timanfaya, ¿dónde estais? (1) Perecieron; perecieron: y apenas puede decir el que pasa: «Hubo aquí un lugar, y el volcan lo devoró.» Yo no os compadezco, atribulados vecinos: perdisteis la paz unos cuantos dias; pero en cambio hallásteis otra mas verdadera y durable. Perdisteis vuestros bienes de fortuna; pero ¿qué importa, si así aprendísteis á no suspirar por otros bienes que los

---

(1) Segun las Constituciones sinodales de este obispado, del Ilustrísimo Sr. Dávila, los lugares nombrados tenian respectivamente los siguientes vecinos: 64, 42, 18, 44 y 24. Cítanse en las mismas Constituciones hasta diez y ocho lugares mas, unos perdidos, y otros arruinados, por la lava ó la lluvia de arena.

que no están sujetos á las vicisitudes del mundo? Perdisteis vuestras casas, sí; pero con eso visteis que no érais mas que unos tristes peregrinos bajados á este valle á recoger flores de virtud con que poder adornar vuestras almas, y presentarlas así engalanadas á los ojos del Altísimo. ¡Cuántos desde el sueño de la culpa hubieran pasado al de la muerte, si antes no les hubiesen ido á despertar los sordos rugidos del volcan! ¡Cuántos hubieran colmado la medida de sus iniquidades, si Dios no les hubiese atraído á sí, llamándoles, con las llamas devoradoras, con los lamentos y lágrimas de los que huían desolados de la muerte! Angeles del cielo: vosotros celebrásteis entonces la conversion de muchos pecadores que parecían ya marcados con el sello de la eterna reprobacion... ¡Cuánta gloria, Señor, no recibisteis con los nuevos cánticos que festejaban vuestras conquistas! ¡Y cuánta, Dios mio, no recibis ahora, que escuchais el himno de alabanza y bendicion que á vos humilde eleva mi piadoso auditorio? ¡Cosa grande! Aquí vienen al teatro de vuestras venganzas á ensalzar vuestro amor y bondad. Aquí, donde se esparcia en otro tiempo la pestilencia del azufre, se eleva ahora el suave aroma del incienso: donde el terror hacia verter abundante llanto, y todos á una pedían misericordia y perdon, ahora solo corre alguna lágrima de gozo, y todos rinden gracias, alaban y bendicen el nombre santo del Señor, porque retiró la vara de su justicia, y de un modo milagroso.

Iglesia santa: tú sola eres la maestra de la verdad: asistida del Divino Espíritu, toca á tí calificar las maravillas del Señor. ¡Pero no podré yo sostener piadosamente que fue un milagro la estincion de ese volcan, cuando con mas furia parecia querer todo devorarlo? Vengan, vengan acá esos filósofos que se precian de esplicarlo todo por la luz de la razon: vengan acá los que saben y entienden las leyes de la naturaleza, y busquen el dique que <sup>tuvo</sup> esa corriente. ¡Ah! Confundidos acabarán por repetir, si quieren ser sinceros, con los sabios de Faraon: *Digitus Dei, est hic*: aquí está el dedo de Dios. Y sin embargo, ya lo sa-

*Heimán Dole*

heis, esta maravilla la obraron los ruegos, la presencia de María, consoladora de los afligidos, y una Cruz plantada por un fiel religioso en el cauce mismo del volcan.

Por otra parte: entra tambien en los consejos de la Providencia infinita robustecer nuestra fe con algunos prodigios, que al paso sirvan de consuelo á la Iglesia en sus aflicciones. Fe, virtud primera, sin la que es imposible agradar á Dios, ¡de cuántas maneras te veo con dolor ajada y combatida! Fe, precioso tesoro con que se agencian las imperecederas riquezas, ¡oh! ¡cuántos enemigos te persiguen para repartirse tus despojos! ¡Pobres de nosotros! Débiles cañas plantadas en el desierto, los vientos nos agitan de uno á otro lado, y amenazan troncharnos con eterna ruina: frágiles navecillas que surcamos el mar de la vida, no encontramos á nuestro paso sino escollos y tormentas; y gracias, si en medio de las embravecidas olas conocemos el peligro, y esclamamos como los Apóstoles en el mar de Tiberiades: *Salva nos perimus* (1): sálvanos, que perecemos. Mas nunca, Señor, perecerá el que á tí clama y en tí confía: imperais á los vientos y á los mares, *et facta est tranquillitas magna*, y restableceis la tranquilidad. ¿Pensais vosotros que en todos tiempos no han visto los fieles combatidas sus creencias por enemigos domésticos y estraños?... Levantaos de vuestras tumbas, dignos progenitores de este pueblo; contad á vuestros hijos lo que os pasaba, para que vean que lo mismo es ahora. Entonces, de enmedio del volcan que se estinguia, escucharon la voz del Omnipotente, que hizo enmudecer la del imperio, del mundo y las pasiones que minaban su fe, y sus almas quedaron tranquilas, bendiciendo al Señor. Esa negra y fría lava repite la misma voz. ¡Ojalá tenga igual virtud para arraigar la Fe y llevar la paz á los corazones!

¿Y no es tambien un consuelo para la Iglesia ver confundidos á sus enemigos con nuevos prodigios? ¡Oh inmaculada Esposa del Cordero! Tus triunfos y tus glorias son

---

(1) S. Math., c. VIII, v. 25.

tantos como los años, como los siglos, como los días de tu existencia. Pero, ¿quién podrá también contar tus persecuciones y combates, tus penas y congojas? En medio de tantas luchas y azares levanta al cielo sus ojos, lamenta su triste destino, y esclama con el Profeta: *Convertantur retrorsum et reveantur qui volunt mihi mala* (1). Vuélvanse atrás, llenos de confusión, los que mi mal desean. Alégrate y salta de gozo, hija de Sion: las puertas del infierno no prevalecerán contra tí: tus enemigos se desesperan viendo tu gloria donde creían estar tu muerte. Confúndelos citándoles las profecías que se han ido cumpliendo: confúndelos con la historia de tu fundación y progresos: confúndelos, confúndelos con los milagros cuya autenticidad no puede razonablemente negarse; y si todavía te piden nuevos signos, presenta, entre otros, los volcanes, prodigiosamente extinguidos en la isla de Lanzarote. Alégrate, porque el Señor hace en todos tiempos ostentación de su poder: consuélate, porque acude pronto á enjugar tus lágrimas en los días de tu mayor aflicción. ¡Sea bendito su nombre por los siglos de los siglos! ¡Sea ensalzado su amor, que no nos castiga sino para nuestro bien! ¡Sea glorificada su bondad, que no se cansa de obrar maravillas para atraer hácia sí á sus rebeldes criaturas. Hé aquí por qué siempre te alabaremos, te bendeciremos, y tu nombre, oh Dios, invocaremos.

SEGUNDA PARTE.

Bendigamos también á Maria, porque Dios la ensalza haciéndola dispensadora de sus gracias, y por lo bondadosa y solícita que es para interceder por nosotros.

¡Dios grande; Dios bueno! ¿Por qué es que vuestras gracias nos vienen generalmente por la invocación de Maria? Veo la nave, juguete del furioso huracán, ora bajando al abismo, ora subiendo con la espuma de las olas, próxi-

---

(1) Ps. XXIX, v. 15.

ma á desaparecer para siempre: veo la tierra temblar, abrirse y vomitar la muerte: veo lágrimas, escucho lamentos; y el Dios benigno, que todo lo hace y lo puede con una mirada, deja subsistir el peligro hasta que se le dirigen los clamores por medio de Maria. ¡Parece quiere compartir su poder con la privilegiada criatura escogida desde *ab æterno* para objeto de sus complacencias: parece quiere repartir con ella las alabanzas y encomios que los cielos y la tierra entonan á su nombre!... ¡Cómo! ¡Parece? No: realmente el Eterno Padre, complacido al ver las perfecciones de esta su Hija, la ha sentado junto á su trono para que todos la alaben y bendigan. El Verbo, Jesus, no puede olvidar las lágrimas y humillaciones con que le acompañó hasta el sepulcro, y quiere ahora que sea exaltada y glorificada, contribuyendo á las obras de su bondad. El Espíritu Santo quiere que se vea cuánto ama á su mística Esposa, y la hace conducto de sus carismas. ¡Bien hecho, Trinidad Beatísima; bien hecho! Con eso el hereje y el impio, que condenan el culto *dè* invocacion de Maria Inmaculada, conocerán que lo quereis en las maravillas que por su nombre obráis. ¡Me alegro; me alegro, Señor! Con eso el pueblo cristiano se escita y aprende á cantar las glorias de su Reina. ¡Lo oís? Ensalcemos, ensalcemos á Maria, la verdadera Judit, gloria de Jerusalem, alegría de Israel y honra de su pueblo: cantemos á Maria, que es aquella de quien estasiado decia el Divino Esposo: «¿Quién es esta que se presenta risueña como la aurora, hermosa como la luna, escogida como el sol, é imponente cual ejército ordenado en batalla?» Alabanza, alabanza á Maria. ¡Ah! El jazmin y rosa de Jericó, y todas las flores de los prados; la esbelta palma de Cades; la oliva especiosa de los campos; los majestuosos cedros del Líbano, y el plátano, que crece junto á las aguas corrientes, no presentan el encanto, la gracia y hermosura que adornan á la Santísima Virgen. ¡Oh Madre mia! Tú me haces envidiar el espíritu de los Profetas, la sabiduria de los Padres y la elocuencia de los mas ilustres oradores, para todo emplearlo en tí; para dignamente celebrar tus gracias, perfecciones

y privilegios, y noche y día repetir tus encomios... Mas no, me basta: no envidio sino el amor de los querubines. Entonces, sí, que rebotando mis labios los tiernos afectos de que abundara mi corazón, prorumpirían en himnos de gloria y alabanza, escucharíais cánticos nuevos que, arrebatando vuestras almas á las dichosas regiones, os hicieran ver á María vestida del sol, la luna por escabel y las estrellas por corona ¡Qué dicha, qué dicha! Formando entonces coro con las nueve jerarquias, entre las *alleluyas* y *santos* al Señor Dios de los ejércitos, cantaríamos honor y alabanza, bendición y gloria á la Emperatriz de los cielos y tierra. Pero ¡ay! que todavía estamos privados de tamaña ventura. Mas, así mezquinas como son nuestras alabanzas, te las tributaremos, Virgen purísima, rendidos, porque Dios te ensalza y tú lo mereces.

Bien lo ves, Señora; bien lo ves: todos estos que aquí están son tus hijos, venidos de todos los puntos de la isla, para honra y gloria tuya. *Leva in circuita oculos tuos, et vide: omnes isti congregati sunt, venerunt tibi* (1): levanta, levanta tus ojos. ¡Qué cuadro tan halagüeño se te presenta, donde están confundidos los pueblos, clases y posiciones, y todos vienen por tí. Espresadle, señores, espresadle vuestro amor y gratitud, y perdonad si recuerdo nuevas catástrofes para admirar las maravillas de su protección. Pero ¿qué pueden añadir mis débiles acentos á la emoción de vuestros corazones en este día 31 de julio? ¡Tal día como hoy del año 24!... ¡Ah, qué sería aquello! ¡Cuánta la ansiedad á los primeros anuncios! ¡Cuánto el terror cuando el negro humo, las fatídicas llamas, las piedras y arenas que volaban por los aires aseguraban que era un volcan!... ¡Ah, no, señores! Era Dios, que en su carro de ira pisaba la tierra: la tierra, desde donde sin duda subieron hasta él los clamores del inocente, que le invocaba en su justicia: la voz de las seducidas doncellas; de los hijos perdidos por la poca religión de los padres; de las esposas

---

(1) Is., c. LX, v. 4.

desgraciadas y de los infelices despojados de su derecho: el Señor les oyó, y va á castigar al escandaloso, al disoluto, al inicuo y su iniquidad. Huid, mortales; porque es cosa muy terrible caer en las manos de un Dios vengador: huid, vecinos de Tao y Tiagua, Tinajo y Vegueta; salvad corriendo vuestras vidas y lo mas precioso, y lejos de esta tierra maldecida, levantad nuevos hogares con la ayuda del pariente, del amigo y del extraño... Empero, ¿y dónde está el Refugio de los pecadores, la Consoladora de los afligidos? ¿Dónde la que en el siglo pasado detuvo semejante castigo? Ven, Señora nuestra; ven, divina Ester; acude, intercede por tu pueblo, que va á ser destruido. ¡Oh, Virgen de los Dolores! Ven á mostrar á la presente generacion que todos los dolores son mitigados por tí: que eres Madre, que, interponiendo tus ruegos y tus lágrimas, aplacas al Juez indignado, y consigues para tus hijos piedad y perdon. Deten la lava; apaga el fuego; y si las leyes naturales exigen nuevas erupciones, sean allá para las orillas del mar, donde tus hijos no sufran ni teman. Así se pide, y así se alcanza: todo concluyó al presentarse Maria.

¡Ah! ¿Quién fue el primero que en aquel conflicto acudió al Patrocinio de Nuestra Señora? ¿A quién le ocurrió la feliz idea de llevarla en procesion al lugar de la desgracia? ¿Vive todavía? ¿Estará aquí?... Tú fuiste otro Mardoqueo, por quien el pueblo de Israel obtuvo el perdon del Rey Asuero. Por tí habló el Señor, que, piadoso, aunque indignado, queria un motivo para no castigar... Pero no, no fue uno solo: todos á un tiempo clamaron: «¡Maria; dulce Virgen Maria; vuelve á nosotros tus ojos misericordiosos!» Convencidos estaban que sin su mediacion perecian irremediabilmente, pues solo ella era capaz de salvarlos. Y vosotros, ¿qué hicisteis entonces?... ¿Qué dijisteis á Maria en el entusiasmo de vuestro reconocimiento? Ya lo supongo. Embargados con tantos sucesos, ni sabriais qué hacer, ni qué decir, ni qué pensar; pero aquel estupor, aquel silencio, aquellas lágrimas que seguian, eran la elocuente espresion de los afectos de vuestras almas, un nuevo cántico, un himno de gloria y bendicion, que, ele-

vándose al cielo como el humo del incienso, fue recogido por los ángeles, que, reproduciéndolo en sus dulces é inefables conciertos, decían: «¡Gracias á Dios; gracias á María!» ¡Ensalzado, bendecido y glorificado sea eternamente el Santo nombre del Señor, y ensalzado y bendecido sea también el dulcísimo nombre de María!

Pero ¡ay de mí! ¡Ay de vosotros, venerados señores! El Dios que penetra los corazones, ¿no descubrirá entre tan piadosos sentimientos como hoy os animan, otros contrarios á su Religion santa? Cual en otro tiempo, ¿volverá á subir hasta El la voz que pida justicia, que pida venganza? ¡Ah, Señor! No llegue, no, el día en que de Tí nos olvidemos por seguir nuestros caprichos y vanidades del mundo: ábrase la tierra; recíbanos en su seno, antes que empiecen las prevaricaciones. ¿Y qué harás, Señor mio, si por desgracia nos estraviamos en los senderos de la culpa? ¡Ah! no merecemos entonces, lo confieso, no merecemos sino que, reventando nuevos volcanes, se cumplan irrevocablemente los decretos de la eterna justicia..... Pero, no; no, Dios mio; no, Padre clemente: esos volcanes apagados, que cuentan las maravillas de vuestro amor y bondad en medio de los rigores de vuestra indignacion, confirmarán nuestra Fe, si vacila, y nos moverán á amarte con mayor ternura. ¡Oh dolor! Siempre te ofenderemos; pero no obres segun la multitud de nuestras iniquidades, sino segun tu grande misericordia. Cuando veas nuestros estravíos y pecados, vuelve tus ojos á María, que, en ademan suplicante, derrama abundantes lágrimas, y esas lágrimas las derrama por nosotros: cuando suban hasta Tí las voces que reclamen venganza, castigo, castigo para este pueblo, escucha primero los ruegos de María, que, estendiendo sobre él sus manos, dice: «Piedad y perdon para mis hijos.» Así ¡oh Dios! te alabaremos, te bendeciremos, y contaremos tus maravillas. ¡Ah Madre mia, Madre mia! Haced que eternamente cantemos las maravillas del Señor.—Amen.